

EL PORVENIR

PERIÓDICO CARLISTA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Un trimestre, 1 peseta; un semestre, 2 id.; un año, 4 id.; número suelto, 0,10 id.

Pago adelantado.

Se publica los miércoles.

Administración: Bajada de Carmelitas, núm. 1
á donde deberá dirigirse toda la correspondencia.

TARIFA DE ANUNCIOS

En tercera y cuarta plana, á precios módicos.

Por ajuste de trimestres completos, se hará el 15 por 100 de rebaja.

VIVA ESPAÑA Y LOS MÁRTIRES DE SU TRADICIÓN

LA CORONA DE LOS MÁRTIRES

(Para EL PORVENIR, de Toledo.)

La Cruz clavada en el Calvario dividió la historia en dos hemisferios, el de las tinieblas gentilicas y el de las claridades cristianas: se convirtió en eje del mundo social, y para que éste, en sus movimientos de traslación, no se apartara de la órbita de la justicia, puso en las almas las atracciones de la caridad, y para que la vida no se marchitara con la dictadura brillante muchas veces, pero casi siempre fría, de los entendimientos, puso sobre la aristocracia de las inteligencias la dinastía de los corazones inflamados por el amor de los amores.

Por eso, cuando hay tiranos en el solio y no hay mártires en el circo; cuando se contemplan las orgías de las ciudades y no se ven cenobitas en las montañas ni anacoretas en el desierto; cuando los Césares se ciñen la tiara y no hay en los campos Cruzados; cuando los tiranuelos ultrajan el honor de la madre y los hijos callan, el vaho del error y de la culpa obscurece en los Cielos la cruz, y la noche tenebrosa del paganismo vuelve á extender su manto funeral sobre los hombres. Entonces los espíritus se enervan, los entendimientos desmayan, las voluntades enferman, nublanse las frentes y los brazos caen postrados.

¡Tiempos terribles en que las naciones pasan por el periodo glacial que recorrió la naturaleza! Todas las bajas pasiones fermentan y los grandes sentimientos mueren. La envidia reemplaza á la emulación, el cinismo al valor, la ambición al amor á la gloria, y hasta la vanidad femenil usurpa el puesto al orgullo. La concupiscencia impera en los dominios antes sujetos al cetro del deber. Hay entonces choques de pasiones, batallas de apetitos por saltar el botín y repartirse la presa; se lucha por la existencia individual aunque la social sucumba.

No busquéis ya los grandes combates en que las legiones pelean á la sombra de una bandera y van serenas á la muerte iluminadas por un ideal. La tierra está seca porque falta la sangre del mártir, que la fecunda. Sin esa sangre, toda lozania social se agosta.

Desde que la Iglesia, flotando sobre las olas de sangre con que los mártires anegaban las galerías de las catacumbas, é impulsada por ellas horadó la tierra y salió radiante á la superficie para tomar posesión del mundo, toda redención social tiene que venir precedida de mártires y seguida de Cruzados. Pueblo que no produce los primeros, si busca los segundos, encontrará sólo mercenarios. En cambio,

Nación que produce mártires tiene un signo infalible de predestinación á la gloria.

¿España los produce? Mirad ese río de sangre que pasa al través de nuestra historia bajo el cetro y la Cruz enlazados con palmas y laureles, y si remontáis su curso y recorréis sus cascadas y sus remansos hasta llegar á las fuentes, no las encontraréis, ni en los Cruzados del siglo XIX, ni en las grietas de las rocas de donde brota la reconquista, ni siquiera en los circos romanos, donde caen á millares las vírgenes y los santos; tendréis que ascender más, subir hasta la cumbre y ver en el costado del Redentor, y en la frente desgarrada, y en las manos y en los pies taladrados por nuestras culpas, las fuentes divinas de donde sale ese río que unas veces parece un Océano y otras arroyo; pero que ya desbordándose por nuestra historia, ya deslizándose por canales subterráneos bajo los alcázares de la revolución, nunca ha dejado de correr sobre esta tierra de España.

Esas fuentes divinas que, según la frase de Renan, apagaron la sed de amor de doce siglos de ascetas, no se secarán jamás, y mientras la fe esmalte en nuestras almas el ánfora sagrada que ha de recibir algo de ese raudal de eterna vida, la esperanza será nuestra compañera y el triunfo un galardón á la obra de los Cruzados y de los mártires, entregado como una corona después del combate definitivo por Aquel que, no dejando de premiar ni un vaso de agua que se dé en su nombre, no ha de dejar sin recompensa los martirios, las lealtades, los sacrificios, los dolores y las abnegaciones, que por la grandeza del fin supremo que los inspira, tienen algo que sale de los límites del tiempo, y sólo el que es infinito, puede abarcarlos con una mirada satisfecha de esperanza y de amor.

Juan Vázquez de Mella.

Madrid y Marzo 1906.

Fiat, fiat, fiat.

Ocurre con nuestro Mella un fenómeno singular. Su último discurso es siempre superior á todos los anteriores. Puede decirse que ese hombre insigne se excede y supera en cada discurso á sí mismo.

¡Qué gloria tan grande la que tan esclarecido varón da á Dios, nuestro Señor, con sus elocuentísimas apologías del catolicismo, donde suena su voz arrebatadora, particularmente en el Parlamento, y qué servicios tan importantes los que presta á la Patria, á todos los fundamentos de la sociedad y á la Monarquía tradicional!

Pero en medio de la admiración y del regocijo que produce entre los suyos hombre tan portentoso, preciadísimo don hecho por Dios nuestro Señor á la comunión carlista en los actuales tristísimos tiempos, causa no pequeño dolor verle tan poco acompañado en el Congreso y tan imposibilitado, por lo tanto, de que su acción parlamentaria sea completa.

Mucho hacen los Sres. Barrio y Mier y Llorens con su respectiva labor en el Congreso de los Diputados; pero también son estos señores dos grandes figuras tradicionalistas que, cual el incomparable Mella, no pueden completar su acción parlamentaria por falta de auxiliares.

A la comunión carlista le es menester, para que su acción en el Parlamento sea lo que debe ser, tener Diputados que, bajo la dirección de los tres indicados señores, singularmente del gigante de la elocuencia, fiscalicen á diario al Gobierno con preguntas é interpelaciones, presenten proposiciones incidentales con firmas propias, pidan y obtengan sin necesidad de auxilio ajeno votaciones nominales, formulen y defiendan enmiendas á los proyectos de ley, hagan obstrucción cuando convenga, ejecuten, en fin, la guerra diaria, la guerra de guerrilla, quedando, además de la continua dirección, las grandes batallas, las batallas, digámoslo así, campales, para el imponderable Mella y los otros grandes adalides. Así es como la acción parlamentaria de éstos sería completa y daría frutos inmensos.

Esos Diputados deben ser jóvenes, instruidos, elocuentes, animosos, dispuestos siempre al combate; y por la divina misericordia no faltan esos jóvenes en el carlismo. Cada juventud carlista es un plantel de ellos. No quiero citar nombres propios por no lastimar con omisiones involuntarias á ninguno. ¡Qué cooperación tan extraordinaria no prestarían á la labor del gran Mella y demás adalides carlistas siete ó más jóvenes de esas cualidades! El carlismo debe, en mi humilde sentir, trabajar todo lo posible y hacer cuantos sacrificios sean precisos para llevar ese número de correligionarios jóvenes al Congreso. ¿Se ha olvidado ya lo que la causa carlista ha debido á sus falanges parlamentarias, ó es que hemos venido tan á menos que nos hallamos imposibilitados para llevar la que queda indicada al Congreso? Como ninguno de ambos extremos puede admitirse, hay que acariciar la esperanza de ver pronto la expresada falange en el Congreso de Diputados para bien de la Iglesia, de la Patria y del Derecho.

Fiat, fiat, fiat.

Cruz Ochoa.

Confraternidad.

(Para EL PORVENIR, de Toledo.)

Dentro de la Comunión Tradicionalista no se ve esa aparatosa diferencia que la adulación, el servilismo, el afán del medro y el espíritu hipócrita de aparecer cosa diferente de lo que realmente se es, ha introducido el liberalismo.

Ante la muerte de un soldado de la Legitimidad, los supervivientes le rezan y se acuerdan de su alma, como perteneciente á su gran familia, lo mismo si ostentaba el fajín de General, que el humilde y sencillo traje de voluntario.

Este es, aparte del fin principal que se propuso el R... al instituir esta fiesta, uno de los aspectos que avaloran el feliz pensamiento del Nieto de cien reyes. La confraternidad sin preferencias, iguales todos, desde su augusto Abuelo al último de los fieles guerrilleros, que todos lucharon como buenos; y al bajar á la tumba, para traspasar los linderos de la eternidad, no hay prerrogativas, no hay preferencias terrenas; los méritos medirán por la intención de las buenas obras, y cada cual rendirá cuenta de las realizadas, según los talentos que Dios le hubiese dado.

El aniversario de la muerte del primer despojado de la revolución que levantó pendón, para reivindicar los derechos de Dios, de la Patria y de la legitimidad, fué escogido por el augusto Nieto, que ha rechazado halagos y preferido como Aquel el ostracismo, antes que renegar de los principios que honran su egregia estirpe, esto es, traicionar á la Patria y vender por un plato de lentejas su primogenitura.

«¡Rezad por los mártires de la tradición!», dijo el R...; esto es, por los que lucharon por los lemas de la bandera que cobijó á nuestros padres é hizo grande á la Patria; y sus leales escucharon el ruego, más que mandato, y elevan hoy sus oraciones fervientes por esa masa anónima y benemérita de diferentes siglos, que compenetrados en creencias y en amores, aunaron sus esfuerzos para pelear por la buena Causa, y, victoriosos ó derrotados, bajaron á la fosa, mientras sus almas subieron al tribunal de Dios, confiadas de haberle servido.

Fraternidad hermosa que manifiesta esta institución, demostrativa del alma grande del caudillo de La Tradición Española y los sentimientos de sus soldados, que identificados uno y otros en una misma fe y unos mismos querer, abren horizontes de esperanza, que seguramente los permite Dios, merced á la constancia en el sufrimiento de sus cruzados, para que sea realidad dichosa, en tiempo no lejano, el que los principios por los que tantos lucharon y tantos murieron, imperen en España.

J. Font y Fargas.

La despedida del voluntario.

¡Adiós, familia querida!
¡Adiós, mi pueblo y mi casa!
En el campo la corneta
toca incesante llamada
y yo debo ir en seguida,
pues que soy hijo de España
y llama el R... á los buenos,
y está otra vez desplegada
la bandera de los lemas
que la hacen tres veces santa.
El fiero grito de guerra
desde el llano á la montaña
cunde pavoroso y triste
despertando á nuestra raza,
y pues que ardiente se agita
en el seno de la Patria
la noble grey de cruzados
que intenta otra vez salvarla,
quiero formar en sus filas
como voluntario. ¡En marcha!
que por encima de todo,
de afecciones y amenazas,
está el amor sacrosanto
á Dios, al Rey y á la Patria.

No siento, no, las fatigas
ni me dan miedo las balas;
la vida perder no temo
ni emigrar á tierra extraña,
ni que muchos me calumnien
y me nieguen honra y fama.
Con ser estas desventuras
tan importantes y tantas,
ni me asustan ni me arredran
ni me apenan ni me alarman.
Lo que siento y lo que pienso,
lo que me importa y me mata
es dejar á estos pedazos
tan queridos de mi alma,
á mi padre tan enfermo,
á mi madre tan anciana,
á mis hermanos tan niños,
mi hermana desamparada.
Si yo no vuelvo ¡Dios mío,
qué será de ellos mañana!
¡Cuánto llanto habrá en sus ojos!
¡cuánto luto en esta casa!...
Pero es forzoso, es preciso,
es un deber que yo parta:
la Madre común me pide
y el R... mi Señor, me llama.
¡Adelante, pues, y calle
la voz de mi pecho... ¡En marcha!!

¡Adiós, adiós, padre mío!
Cuando á lucir llegue el alba,
el primer rayo que baje
á iluminar tu ventana,
será un adiós de tu hijo,
de este hijo de tu alma,
que allá desde las trincheras
tiene para tí y te manda
envuelto en blancos ropajes,
porque su conciencia es blanca.
¡Adiós, madre! Cuando lleguen
los céfiros á tu cara,
deja que bese tu frente
el aliento de las auras,
porque la rápida brisa
te llevará entre sus alas
un beso candente y triste
del hijo de tus entrañas!
¿Te acuerdas cuando era niño
y en tus brazos me estrechabas
y me hablabas de la luna
ponderándome sus gracias?
Pues bien; cuando por la noche
vaya á iluminar tus canas,
tírala un beso, que en cambio
entre sus hebras de plata
irá una lágrima mía
para tí, madre adorada.
¡Adiós, todos! Mi cariño
ha de aumentar la distancia
y el fragor de los combates
y el humo de las batallas.
Siempre en mi pecho sensible,
siempre dentro de mi alma
llevaré vuestro recuerdo
y vuestra memoria santa;
pero haced, en cambio, todos
por conservar la esperanza
de que volveré á mi pueblo
honrado, bueno y con ansia
de besar cien y cien veces
vuestras venerables canas
y de hacer que en un abrazo
se confundan nuestras almas
para ser vuestro consuelo,
para enjugar vuestras lágrimas.

¡Dios mío, guarda á mis padres!...
¡Dios mío, cuida mi casa!...

A. de Redondo.

ESPERANZAS

Cuando traidora enfermedad ha minado la existencia de un individuo, y el estector anuncia la proximidad de un desenlace fatal; si el doliente conserva algo de la integridad de sus facultades, á pesar de su crítico estado, todavía hay en su corazón algo que derrama sobre su alma el bálsamo del consuelo; algo que le hace sonreír en medio de sus morales sufrimientos, ve en perspectiva ilusoria realidad que le hacen soñar con la felicidad fantástica de recuperar la salud que vivamente anhela, volviendo á gozar de la robustez y lozanía de días mejores, que para él ya pasaron para siempre.

Ese algo que tan dulcemente le consuela en aquellos supremos y críticos instantes; ese algo que es causa de que en sus labios cárdenos se dibuje una sonrisa, y que le muestra tan bellas y encantadoras perspectivas, es lo que se designa con el nombre de *esperanza*. «Nodriz de los desgraciados; como dice Chateaubriand, puesta al lado del hombre como una madre al lado de su hijo enfermo, le mece en sus brazos, le suspende en su abundante pecho y le alimenta con una leche que calma todos sus dolores. Vela á su cabecera solitaria y le adormece con canciones encantadoras».

Pero ¡pobre enfermo! Sueña, y sus ilusiones se desvanecen á impulso de su último alhito, y se marchitan abrasadas por las últimas lágrimas que surcan sus pálidas mejillas al dar el adiós postrero á la vida que tantas veces le brindó con sus encantos y dulzuras.

España está enferma, sí, y enferma gravísimamente. Su dolencia ha invadido todo su ser, y esta nación feliz y grande en otro tiempo, hoy sumida en la desgracia más profunda, marchitos los laureles de sus épicos triunfos y nubladas sus esplendentes glorias, sepultada en el lecho del dolor, ve escapársele rápidamente su existencia y acercarse su momento final.

Envenenado el aire que respira; los elementos que en armonía comunican la vida en el desequilibrio más completo, y sin antídoto al alcance de su mano que pueda destruir su enfermedad mortífera, se agita convulsiva en su lecho de muerte, luchando titánicamente con el elemento morboso que la mata.

Pervertidas las ideas acerca de Dios, profesando falsos y disolventes sistemas de moralidad y dominando como consecuencia en las relaciones sociales el egoísmo más absoluto; lejos de estar en condiciones esta nación de alcanzar los fines que son propios de toda sociedad, y por ende de las naciones; lejos de llegar á su engrandecimiento mediante la asección de la perfección en el orden intelectual, moral y material; en lugar de solucionar los problemas científicos más trascendentales partiendo de la base incommovible de la existencia de una primera causa, verdad primera también, y fuente y origen de toda verdad, se encastilla en hipótesis más ó menos profundas é ingeniosas, pero en las que campea el error con cinico descaro, y de una falsa idea de la divinidad viene á las más absurdas deducciones, ajando la belleza que brilla en el hermoso campo de la Metafísica y confundiendo é involucrando con sistemas absurdos las más importantes cuestiones acerca de Dios, del mundo y del hombre, y llenando de tinieblas todo cuanto se relaciona con las gravísimas cuestiones del ser y del conocer.

Y en esta caótica confusión de sistemas, teorías é hipótesis, la justicia, moralidad, obediencia y demás virtudes, que son la base y el fundamento de toda sociedad, y como el alma que la vivifica, olvidadas, despreciadas, miradas con estóica indiferencia, y lo que es más, conculcadas sin pudor en todas las esferas sociales; sustituido, aunque en el fuero interno en muchos, y en otros haciendo ostentación punible, el culto que sólo se debe á Dios, por una repugnante *Egología*, esta nación querida, nuestra Patria, nuestra segunda madre, vive, sí, pero vive una vida muy triste, y vida que no es vida; pues que la muerte la amenaza iracunda y en esta enfermedad que hoy la combate, seguramente perderá su existencia, y dejará de ser como nación.

A pesar de este estado de postración inmensa, de inminente peligro, España se sonríe, la alienta la esperanza y no la hace soñar con dichas y venturas.

¿Tendrá razón?

Escucha, Patria amada: si la dulce esperanza que te mece; si el ideal risueño que contemplas, esperas verlos realizados mediante teorías cual las que hasta este día has profesado; si echada en brazos del racionalismo que te acaricia, brindándote con engañosa panacea en sus teorías políticas, representadas por el execrable, maldito y anatematizado liberalismo, que en el orden de las ideas es un conjunto de ideas falsas, y en el orden de los hechos un conjunto de hechos criminales, consecuencias prácticas de aquellas ideas; si negando á Dios y su revelación divina, y las verdades sobrenaturales que ésta enseña, y la autoridad de su Iglesia, admitiendo y defendiendo esas libertades de perdición que te tienen en la postración en que te encuentras, fantaseas recuperar la salud

que há tiempo tienes perdida, y conservar la vida porque suspiras.... ¡Pobre de tí, Patria querida!

No comprendes si así piensas, te diré con un orador contemporáneo, que el día que se desplome por completo el templo santo de Dios, se estremecerá la tierra hasta en sus cimientos más hondos, y el fuego del cielo, no encontrando en su caída el pararrayos espiritual de la elevada torre del santuario, caerá, no sobre el ara del Altar, sino sobre el trono de la autoridad, sobre la balanza de la justicia, sobre los tesoros del capital, sobre el nogar de la familia, y hasta sobre la Cátedra del sofista; y entre la ruina universal de la sociedad atea que ha renegado de su Dios, resonará la tremenda y pavorosa carcajada del Altísimo: ET DOMINUS IRRIDEBIT EOS, que no de otro modo se derrumbó Babel, pereció Ninive, se destrulló Babilonia, fué asolada Jerusalén, se hundió la Atlántida en el seno del mar, y ardió ante nuestros mismos ojos París, unguido con el petróleo por los sumos sacerdotes del ateísmo contemporáneo.

Por si tu esperanza la fundas en las doctrinas salvadoras que teniendo á Dios por base, son la semilla fructífera de las virtudes que tanto enaltecen al hombre y que, á la vez, son el origen de aquellas cívicas que conducen al ser humano hasta el más admirable heroísmo, sonríe, sí, Patria mía, tu salvación está cerca, porque á tu lado están los leales que militan bajo la bandera que ostenta el hermoso lema de Dios, Patria y Rey.

Ellos ante Dios doblarán su rodilla y pelearán por sus intereses hasta el último límite, si así se les exige, pero al lado de ese respeto, de ese amor, de ese culto, en su pecho arde también el amor santo hacia tí, Patria querida, y si ese liberalismo que te ha colocado en los umbrales del sepulcro, engañado y engañoso te brinda con el antídoto de tu mal, aquí está, Patria mía, la comunión caticomonárquica que pondrá su pecho como muro indestructible ante las negaciones del liberalismo maldito, y no cesará en sus esfuerzos hasta que vea ceñir tus sienes con los laureles del triunfo sobre esa herejía nefasta, y salvada de la enfermedad que te aflige, hagas de nuevo ondear tu bandera á través de los mares, como los Reyes católicos la hicieron ondear sobre los muros de Granada.

Alienta tus esperanzas, no las dejes que se disipen como espiral de humo al soplo de las brisas. Espera, sí, espera que la Comunión Tradicionalista te salvará en esta crisis y al unísono repetiremos el día designado por la providencia:

¡Viva el R...! ¡Viva España! ¡Vivan también las doctrinas salvadoras!

¡Loor á nuestros mártires!

Improvisación.

Los hombres que sacrifican á una idea *todo*, hasta la vida, prueban que aquélla es buena, santa y justa; prueban que sus virtudes también son sólidas, y que tienen fe; verdadera fe que les hace mirar serenos la muerte con el sosiego, con la apacible sonrisa que produce siempre el obligatorio cumplimiento del sagrado deber en todo corazón hidalgo.

Los mártires de la bendita tradición española, no morirán nunca en la memoria de los españoles de vergüenza, porque ellos sacrificaron sus vidas sin más afán que el triunfo del Altar y del Trono; ellos dieron su nobilísima sangre con su último suspiro por la gloria de Dios, por la restauración de su Patria y por el legítimo R... de España, que era su egregio compañero de armas, caudillo insigne y heroico que prefirió el ostracismo á mancharse con *tolerancias indignas*, Sobrano ilustre, nieto de cien Reyes.

¡Loor á los mártires de la tradición, cuya sangre, genuinamente católica y española, es semilla fecunda que hace germinar todos los días nuevos y ardientes defensores de la verdadera libertad, de la independencia, que eclipsó la estrella del vencedor de Europa, y que seguirán siendo la *defensa* y la *garantía* invencible de la Iglesia Católica, que sin ellos, ya hubiese sido sacrificada á la ira infernal de las hordas masónicas y al maldito *judaismo*!

Esos mártires de la tradición eran descendientes y herederos de aquellos gigantes del verdadero patriotismo que llevaron la limpia bandera roja y gualda á Pavia, para hacer prisionera á la Francia, y en cambio estos patriotas *del presupuesto* la han *arrastrado* á París para venderla por un puñado miserable de monedas de oro; aquéllos la llevaron para conquistar nuevos mundos, y éstos quieren que sirva de alfombra á los pies de una descendiente del pueblo Deicida, cuyos hijos, por más que lo deseen, jamás podrán conseguir un expediente de limpieza de sangre.

Si es dulce y decoroso morir por la Patria, es además el mayor grado de hidalguía y heroísmo morir por *Dios*, y por la *Patria*, y por el *R...*

¡Loor, respeto, admiración y.... oraciones para los mártires del carlismo!

Francisco G.^a Rodrigo.

Toledo 10 Marzo 1906.

¿Quiénes son los mártires de la tradición?

Fácil es conocerlos. Son los inclitos varones que oyendo pacientemente uno y otro día á los apóstatas de la fe satirizar y burlarse de los dogmas más venerandos, negar las verdades sacrosantas de nuestro *credo*, poner al Redentor del mundo en línea y al nivel de los inventores de fábulas religiosas, despojándole de su divina naturaleza, vendiéndole, mercaderes sin pudor, como el mal apóstol, por satisfacciones de un día: los que sintiendo sus oídos taladrados por el dolor al escuchar las arengas dirigidas á las turbas ignoras, animándolas al saqueo, al incendio, á la demolición de los templos para aprovechar en beneficio propio sus despojos, culpando, para justificar sus desafueros, á los Ministros de Dios, de enemigos de la civilización, de contrarios al bienestar de los pobres, y hasta de ser los causantes de las epidemias que visitaron al pueblo, que atribuyeron á venenos por ellos depositados en las aguas cristalinas de las públicas fuentes: los que viendo con pena en el corazón á merodeadores sin otro ideal que satisfacer sus groseros apetitos, poner las sacrílegas manos en los vasos sagrados, en las venerandas imágenes que despojaron de sus preciosas joyas, en el peculio de las Iglesias que la piedad de los antepasados había ido depositando como testimonio de su sincera adhesión y afecto á la verdad religiosa, y no pudiendo ya contener tanta indignación dentro del pecho, inquieta y perturbada el alma, desbordadas las pasiones por la exaltación producida por el remordimiento, sobresaltada la conciencia con el azote de tantas impiedades, dejaron la ciudad y huyeron al campo á buscar la compañía de las fieras, legando á las generaciones venideras el hermoso ejemplo de un ejército numeroso que elige la muerte del cuerpo por conservar incólume la vida del espíritu.

Son los héroes gloriosos que al ver á la madre patria abrumada de desgracias y pesadumbres, arrojada por el suelo la pesada diadema que había orlado las sienes de Carlos V, rotó el áureo cetro que gobernaba la mitad del planeta, plegada la bandera que había ondeado victoriosa en los mastiles de sus naves al recorrer con soberana majestad todos los mares, en las almenas de los castillos, levantados en todos los continentes, sin la influencia mágica con que solía hacer de cada español un soldado, de cada soldado un héroe, oscurecida su fama, vilipendiado su nombre, opreso el pecho de angustia y sin alientos para sostener en las manos los viejos pergaminos que narran su inmenso poderío y los timbres de su grandeza, como si la luz del sol fuera para ellos siniestra luz de centella, como si respiraran con el oxígeno del aire espíritu de movimiento y fuerza, como si el dolor producido por tanta desventura nublase su vista, á cientos y miles se lanzan al combate, á la violencia de la guerra, prefiriendo la muerte á vivir llorando como niños, de sentimiento, enseñándonos á cumplir los deberes filiales y los caminos que llevan al templo de la gloria y á la regeneración de las nacionalidades.

Son los valientes cruzados heraldos del derecho que, al sentir en su espíritu la mágica palabra lanzada al viento por invicto caudillo, se exaltan sus almas y se mueven á la lucha, á la protesta armada, al restablecimiento de los derechos conculcados, á entrar en nueva vida, en que reine la justicia y alumbre el sol de la verdadera libertad, donde no se escuchen ni el rugir de la impiedad ni la horrenda blasfemia del protervo.

Son, en una palabra, los gloriosos macabeos, los valientes mantenedores de nuestras benditas tradiciones, los varones esforzados que supieron, vertiendo su sangre generosa en legendarias campañas, trazar en el mismo azul del firmamento la historia de sus proezas en defensa de su religión y su patria.

X.

HAGAMOS LO QUE ELLOS

Hoy es día de recuerdos, de oraciones y de sufragios. Hoy es día consagrado por los leales á la memoria de los héroes que sucumbieron en defensa de la Religión y de la Patria y de ayudarles con fervientes expansiones del alma creyente, para que la divina Misericordia les conceda el eterno descanso, si es que ya no lo alcanzaron, como todos creemos.

Hoy es día en que los defensores de la tradición debemos pensar en las virtudes que practicaron tantos hermanos nuestros que, desde las alturas, nos alientan á la perseverancia en nuestras ideas salvadoras.

Si, carlistas toledanos; hoy hemos de afirmarnos más y más en nuestros propósitos de seguir el camino que nuestros mártires nos trazaron y de no abandonar la senda que hemos seguido desde nuestra niñez.

¿Y quiénes eran esos mártires, cuya memoria debemos honrar en este día?

Nuestros mártires eran voluntarios entusiastas que marchaban sin vacilaciones ni dudas al sacrificio, dejando a sus padres, hermanos, casas, haciendas y cuanto tenían, siguiendo la voz de su conciencia y con sólo la idea de servir a Dios y a la Patria, sacrificando hasta su vida por tan bellos ideales.

Nuestros mártires tenían fe en sus principios, esperanza en sus esfuerzos y amor a la bandera que veían tremolar en manos del valiente caudillo que los guiaba al combate y a la victoria; y hubiera triunfado indudablemente a no haberse fiado de cobardes y traidores.

Nuestros mártires volaban al campo del honor sin que nadie les obligara ni les sacara de sus casas por la fuerza, sin temor a los castigos con que les amenazaban, ofreciendo hasta su vida por el triunfo de las ideas salvadoras que defendían. Se incorporaban con entusiasta decisión a las filas de sus hermanos, que les recibían con indecible alegría, y jamás pensaban en desertar de ellas, por grandes que fueran los contratiempos y penalidades que vinieran sobre ellos en todo el tiempo que durase la guerra. Sin sentir la pena que sienten los que son arrastrados por la fuerza; sin dejarse dominar por la tristeza que domina al que no sabe lo que defiende, ó defiende lo que no le gusta, y sin pensar en el día que ha de terminar su compromiso, sino en el día del triunfo de sus ideas y de la coronación de su amado caudillo.

Nuestros mártires, en fin, llegaban a las puertas de la muerte resignados y hasta contentos, como el que tiene conciencia de haber cumplido con su deber, sintiendo sólo dejar la realización de sus ensueños a los que todavía podían sostener las armas en sus manos.

Estos eran nuestros mártires; estos son los héroes que nos precedieron; estos son los que nos enseñan nuestra obligación de luchar toda la vida por nuestra causa. Procuremos fomentar en nuestro corazón aquella fe que guiaba a nuestros hermanos; no perdamos nuestra esperanza en el triunfo de las ideas que defendemos, y tengamos confianza en la providencia, que tiene marcada la hora de nuestra verdadera regeneración. Consagremos cada día más los afectos de nuestro corazón a la tradición, a la bandera, a la persona que siempre hemos amado, y, como nuestros mártires, vivamos y muramos repitiendo con entusiasmo: ¡Viva Dios! ¡Viva la Patria! ¡Viva el R...!

Tomás Villarroya.

VITALIDAD DE LA TRADICIÓN

De la tradición carlista hablamos, porque de ella somos testigos, testigos de mayor excepción, testigos presenciales que nos ganamos, por defenderla, cisuras de sable y perforaciones de plomo en nuestro cuerpo. Las señales, las cicatrices que llevamos labradas en nuestra pobre carne, desde hace más de treinta años, suscitan en nuestra mente, siempre que nos las vemos, ideas de valor que nos rejuvenecen y nos hacen pensar que lo grande por Dios jamás acaba.

Heridas benditas, restañadas por el tiempo, se os escarnea por los avaros de la comodidad, se os calumnia por los mal avenidos con el rasgo que mortifica, y hace ya varios años que, para ludibrio de la causa que alentó el espíritu a conllevaros, sale por día a funeral *sin mérito* la misma causa, muerta en los labios de muchos, aunque les arrebató luego el reposo que apetecerían para su sueño.

La tradición ha muerto, dicen; el carlismo feneció, y eso de que se habla hoy, con los mismos nombres, es la postrer sacudida del nervio en los movimientos virtuales del período que sigue inmediatamente a la agonia. Con la herida que llamáis honrosa porque es vuestra, con la ilusión de cruces y calvarios ganados en la montañía, con la esperanza de reacciones álgidas porque junto al cadáver siempre domina el frío, auguráis nuevas y felices eras de restitución a lo que pasó para no volver, y no sé por qué fantasma de realidades semibárbaras, que os fascina, creéis aún en que vendrán a España dioses a lo Nabucodonosor, que encienda hornos para quemar a los Abdénagos que no les adoren.

No, no es ese nuestro sueño, ni ese el alcance de nuestras cruces, ni eso lo que esperamos. La tradición es para nosotros la representación de una idea viva y permanente, una idea identificada con la verdad y con el bien, que ni se mudan ni mueren. La idea de lo mejor nos ciega, y lo mejor no puede ser opuesto a la verdad y al bien, que son derivaciones de lo divino. Lo mejor, lo verdadero, que es objetivo del pensamiento; lo bueno, que es el anhelo de los corazones, es el lema tradicionalista, y lo bueno y lo verdadero vivieron en el tiempo que pasó y viven ahora y vivirán como vive siempre la raíz del árbol de perennes primaveras. Si el

instinto nos engañara, faltaría la naturaleza; si nos engañaran los sentidos, Dios se burlaría de nosotros; si el alma errara en sus inclinaciones reflexivas, nada habría seguro. Pero la naturaleza no falta, ni Dios es injusto, ni el alma falla si no se la violenta, y el alma con Dios, y Dios con sus obras, concurren a las maravillosas concepciones de lo que permanece y de lo que cambia, fijando en las ideas que entrañan realidad, lo inmutable de su esencia y lo variable de los hombres que las aman porque las conocen.

Nosotros faltaremos quizá en la vida ó en la perseverancia; pero las ideas que radican en la naturaleza de los seres, ni aun pereciendo éstos peligran. Quien imagine que la tradición morirá porque la abandonaran temporalmente los hombres, no conoce la tradición en su esencia. La tradición es para los hombres, pero es más que ellos. La tradición, según la entendemos nosotros, es Dios derramando luces de caridad para el gobierno de las sociedades; Dios en las leyes, Dios en las costumbres, Dios en el Rey que modere las costumbres con el temor de Dios y haga que por ley reine Dios con su justicia. Y Dios no muere aunque le blasfemen mañana los que hoy le adoran.

¿Qué ha de morir la tradición, ni por sí ni por muerte de sus adeptos, ni por apostasia de los mismos? Por sí, ya hemos dicho que es la verdad y el bien que ni fenecen ni se mudan; cuanto a sus adeptos, si á miles doblaron su cabeza en los campos de batalla, otros había esperando la vez para ocupar el lugar consagrado por el cuerpo de sus mártires; si fallecieron rendidos al tributo atraído por el pecado del paraíso, otros tantos adalides nacieron de la buena causa; de los apóstatas vale afirmar que mientras haya en la tierra un alma buena, esa será tradicionalista aunque ella no lo conozca, porque no podrá ser enemiga de lo mejor en el gobierno de los pueblos.

¿Cómo vivirá hoy la tradición si no fuera por esto? ¿Quién la sostiene? ¿Cuántos y cuáles no son los que la persiguen con ensañamiento, con ruda y descarada alevosía? Pero la tradición forma héroes y los héroes no se rinden. ¿Quién puede vanagloriarse de haber rendido á un héroe tradicionalista?

«El que viere á los voluntarios carlistas luchar como leones en el campo del honor, conocerá su valor indomable y su legendario heroísmo; el que los vea animosos, constantes, resistiendo sin desmayar las adversidades más crueles, sabrá medir la firmeza de su fe y de su esperanza; el que les vea siempre adheridos á su bandera y á su caudillo augusto, aprenderá á conocer su lealtad de caballeros; pero el que les vea postrados en el templo, perfumar sus labios con la oración por sus hermanos, por su patria y hasta por sus enemigos que murieron combatiéndolos, ese sólo conocerá del todo el valor de la tradición y el corazón de los carlistas....»

La tradición es amor y el amor es más poderoso que la muerte; por eso la tradición retoña juvenudes de su tronco veterano, completa sus huesos sin cesar con nuevos convencidos, vence perdonando y aun muriendo; pero su muerte es como la de la humilde semilla guardada en el surco, que germina en la obscuridad y aparece luego convertida en lozana planta coronada de gruesa espiga. La tradición no muere.

El Bachiller Céspedes.

Lo que quieren los nuestros.

Arriba carlistas,
que ya la campana
convida á los fieles á entrar en la Iglesia;
ponéos de gala
y entrad en el Templo,
que en él os esperan
recuerdos preciosos de seres queridos
de sangre guerrera.

Y allí, ante la imagen
de la Virgen Santa,
testigo elocuente de tantas proezas
y tantas hazañas,
rogad por aquellos
valientes sin tacha
que dieron gustosos haciendas y vidas
por Dios y la Causa.

Dejad las coronas,
que galas son esas
que ni necesitan aquellos guerreros
ni quieren tenerlas.
Ciñéronla todos
teñida en su sangre,
al dar su existencia riñendo cual buenos
en recios combates.

La única gracia,
la sola aureola
que quieren aquellos soldados coronan
sus timbres de gloria,
es una bendita
sentida plegaria,
para que el Divino Pastor de los fieles
recoja sus almas.

J. M. de V.

10 Marzo 1906.

Episodio de la guerra.

En honor á los mártires carlistas de Somorrostro en las acciones del 25 de Febrero; 25, 26 y 27 de Marzo, y 26 de Abril de 1874.

Sin tratar de herir á las fuerzas carlistas que concurren con tanto heroísmo á dicho sitio de las provincias vascas, quiero dedicar un recuerdo á los sufridísimos castellanos que, á las órdenes del bizarro y leal General D. Gerardo Martínez de Velasco, tanta parte tomaron en dichas acciones, dejando cubierto de cadáveres en Cortes, San Pedro Abanto y Las Muñecas, víctimas del cañón enemigo que, con toda impunidad, disparaba sus cien cañones sobre la línea carlista como hubiera podido hacerlo en un mal blanco.

A pesar de la inferioridad de las fuerzas carlistas y encontrarse los entusiastas castellanos en tierra extraña, sin recursos de ningún género, dejaron, como siempre, el noble pabellón de la Monarquía verdadera á la altura que la correspondía. El enemigo fué completamente batido en las cinco acciones de que nos ocupamos, sobre todo en la última de Somorrostro, en la que una pequeña fuerza castellana del primer batallón, mandado por el valiente Jefe Sr. Pino, dió aquella brillante carga á la bayoneta, cuya sangrienta memoria no olvidarán jamás las tropas republicanas, y decidió la acción, salvándose San Pedro Abanto de la ocupación inmediata de los enemigos.

¿Y sabéis á qué fueron debidas aquellas grandes victorias en posiciones nada ventajosas, después de Dios, contra un enemigo tan superior en fuerzas y elementos de guerra?... Pues porque los heroicos voluntarios del R... legítimo sentían en sus corazones aquel santo amor á la Religión y á la Patria que convierte á los hombres honrados en héroes, y que les impide contar jamás á sus enemigos, alejando de sus pechos todo temor.

No queda la esperanza de la regeneración de España, que sólo se deberá á las armas carlistas y á los ruegos de aquellos mártires que piden á Dios libre pronto á este infeliz país de tanto merodeador político y chanchullero sin pudor que le deshonra y explotan aniquilándole.

Victoriano M. Martín.

Toledo 10 Marzo 1906.

¿Qué hacéis?...

«Estoy enterado de vuestros sacrificios. Ni el brillo halagador del oro doma la firme y envidiada adhesión de vuestro pensamiento á la verdad revelada, ni la seductora atracción de las posiciones y destinos que el poder os ofrece conmueve los robustos pilares en que se asienta vuestra abnegación por la Patria y por los Reyes. Lo sé, que en el amor á la bandera religioso-política de la tradición augusta de España, no desmerecéis de vuestros mayores; que si ellos mostraron generosos las fuentes rojas de sus venas para que de sus raudales ardientes y puros sangrara el honor nacional hasta agotarlos, si tanto era preciso, no esconderéis vosotros el pecho ni á la bala ni á la espada cuando se os llame al combate. Hijos que sois de leones, ni la astucia os vence, ni el lauro os fascina, ni la persecución os rinde, ni la penalidad os aterra, ni domeña la fiera aversión que sentís á lo inicuo de ilegítimos entronizamientos, ese largo vivir aherrojados cerca de medio siglo, ni hay en lo humano quien pueda aniquilaros, como fuerza que sois puesta por Dios en esa Nación de mártires guerreros para seguridad del Altar y legión vengadora de los ultrajes que se le hacen.

Esto mismo, la genealogía que os honra, el valor que os distingue, la entereza que os encumbra, la abnegación que os caracteriza y la esperanza que os mantiene con la preferencia del providencial destino para que Dios os reserve, esto mismo dá derecho á los que hemos muerto por vosotros y para vosotros, por la Religión y por la Patria, por nuestro Rey y por nuestros hijos, para dotar á la Historia española de páginas gloriosas y á vosotros de ejemplo, á preguntaros sólo con fines de aleccionadora y paternal advertencia.

¿Qué hacéis, hijos de mártires guerreros? Porque no lo es todo privarse de la participación en el festín de los modernos Baltasares; no lo es todo la voluntad decidida de responder como el recluta con el *¡presente!* á la hora que seáis llamados; no lo es todo anhelar la repetición de las escenas inimitables de Somorrostro y de Lacar, por no citar otras ciento; hay algo más que hacer, y de lo cual depende todo.

Nosotros, los mártires de la tradición, estamos muy experimentados, y aunque vemos desde la altura lo mucho que valéis, lo nobles y generosos, lo indomables é incorruptibles que son los tradicionalistas del día, no se nos oculta que os amenaza el peligro tremendo de la descomposición que causaría la muerte del Partido. Pensad despacio que á él puede haber vinculado la voluntad sobrehumana, la suerte de las más grandes instituciones; pensad que sois nuestros herederos

para hacer que en España reine Dios y reinen sus derechos; pensad que se os mina el suelo *por los que pueden*, y á precio de dignidad de hombres y de otras cosas más altas, se ha comprado la concitación escandalosa de las conciencias anchas, que son las más, en número y en perfidias, para destruirlos. Hoy se asedia una fortaleza, ayer se hizo perecer á otras por el hambre, mañana seréis uno por uno bloqueados por el apremio de la necesidad, por la asechanza rastrera, por la injusticia ó por la calumnia, y contra estas eventualidades conviene precaverse.

¿Cómo? La unión hace la fuerza, y el hermano asociado del hermano es como ciudad murada contra la cual se estrellan é inutilizan los esfuerzos enemigos. Hermosa es la flor que se abre solitaria á la sombra de la peña, pero es más hermosa la varetta del rosal que las presenta á millares. Racimos de corazones quiere hoy la causa, que no corazones dispersos y á la desbandada, sin orientación y sin guía. El ejército disgregado no es Ejército; basta un miserable pelotón de visos para reducirle á la nada. Qué, ¿no es cierto que todas las luchas tienen sus preliminares que se desarrollan en la ciudad, en las villas y aldeas antes de lanzarse al campo? Primero se cuentan las fuerzas, luego se combinan los planes, después.... después se ve la posibilidad de sortear la pelea con estratagemas de orden político ó se tantea si en este orden es fácil triunfar sin quemar un solo cartucho. Ahí está el terreno de la legalidad, cuyos medios procede agotar antes que nada. Si ellos no bastan.... Si ellos no bastan, ya sabemos que hay otros....

Cuando leáis mi firma al pie de estas advertencias no entraréis en recelos sobre la lealtad, norma de mis actos. Yo sé lo que es morir por la tradición, puesto que por ella di honores, hacienda y vida; pero antes de veros á vosotros en la disyuntiva de pelear ó sucumbir como Partido, os aconsejo la lucha en la legalidad vigente y, para ello, que secundéis las siguientes indicaciones. Para todo puede que haya tiempo.

1.^a El sarmiento cortado, para nada vale; es por tanto preciso conservarlo unido á la vida para que se alimente de su jugo.

2.^a La vid de la tradición es D. Carlos, y no es tradicionalista con vida el que vive de él separado.

3.^a La unión con D. Carlos exige patente de lealtad, y ésta sólo se obtiene con la organización, bajo la dependencia de los jefes.

4.^a La organización se desarrolla, se conoce, se aprende en los Círculos carlistas. El Partido, la fuerza de la tradición que carece de Círculos, es Partido y fuerza muerta.

Cread Círculo tradicionalista en las ciudades, villas, aldeas, en todas partes. Contaros, organizaros, sed cuerpo robusto con vida que se reciba sin cesar del Centro personal de la Tradición Católica.»

El General Castillo.

DOS NUEVOS MÁRTIRES

El número de los mártires de nuestra tradición, de la hermosa y salvadora causa carlista, única esperanza de nuestra pobre Patria, hoy envilecida y deshonrada por indigna pandilla de chanchulleros políticos que, sin más miras que su propio interés, no dudan en atraer sobre ella todo género de desgracias con tal que les reporte algún vil beneficio; el número, repito, de aquellos héroes, que sólo por amor á su Dios, á la Patria y al R... legítimo, más noble y más digno de ceñir corona, no dudaron en sacrificar sus haciendas y sus vidas; el número de aquellos valientes españoles se ve hoy aumentado con dos nuevos mártires. Pereda, el insigne escritor católico, y D. Guillermo Villamor y Broceño, fallecido recientemente en esta imperial ciudad.

Ambos, aunque no han muerto en el campo de batalla, son mártires de la tradición... ¿Por qué?...

Para explicar por qué Pereda y Villamor son mártires de nuestra causa, preciso es disponer de pluma más galana que la mía y tener una imaginación más pronta y más rica.

Fueron mártires, porque sacrificaron su comodidad, la justa fama que habían adquirido y hasta sus intereses, por no querer claudicar de sus ideas, ni mancharse con el virus emponzoñado del maldito y destructor liberalismo....

Pereda, cuyos profundos talentos de nadie son desconocidos, y que tantos laureles adquirió con sus hermosas y castizas obras, hubiera llegado á ser uno de los hombres más grandes de su siglo, figurando en primera línea en la política, si no hubiese sido porque para esto era preciso, liberalizarse, transigiendo con la herejía; y Pereda, como buen católico, no podía hacer esto. Prefirió, pues, permanecer retraído y renunciar á la vanagloria, á los honores y quizás á la riqueza que su privilegiado entendimiento le hubiera podido adquirir.

Villamor, que desde su juventud dedicóse al servicio del carlismo, é hizo toda la pasada campaña con el valor y el desinterés del noble soldado y del cumplido caballero, fué mártir también, porque jamás quiso vender

la pureza de sus ideas al precio vil que el liberalismo le ofreciera, prefiriendo vivir pobre y morir en un santo Asilo á renegar de sus principios nobles y santos.

Villamor, sobrino de los insignes Generales Bermúdez, era un alma hermosa dispuesta siempre al sacrificio y sacrificada por Dios, por la Patria y por el Rey.....

Ambos, pues, fueron mártires, y ambos son dignos de todo género de alabanzas..... ¡Dichosos ellos!

Aristarco.

LA MEJOR MUERTE

Si el sentimiento más puro de mi alma, encerrado en media docena de líneas, hubiera de ser aceptado; si los que leen y meditan quisieran dispensarme el honor de leer y meditar las pocas líneas en que yo encerrara mi sentimiento..... Pero ¿por qué abrigó yo semejantes temores? El sentimiento más puro de un alma de mujer católica siempre es noble, y los que leen y meditan no tendrán valor para rechazarlo, porque lo menos que de ellos puede esperarse, es la virtud de ser caballeros, y los caballeros acatan la nobleza y son incapaces de agraviar á la mujer católica con el desaire.

«¡Escribe, escribe y no temas!», me dice la persuasión que anida en mi pensamiento; escribe, que el latido vigoroso del corazón de la mujer, puesto al servicio de una causa justa, siempre hace mella; es como los fluidos invisibles que nos penetran y se apoderan de nosotros cuando creemos estar más libres de ellos; es como la vibración sonora que nos abraza con sus ondas y llega al alma, si el radio de su acción nos encontró al alcance de su contacto.

Escribo, pues, que la voz misteriosa que me lo ordena no debe ser hostilizada con traiciones, y después de todo, la humanidad no será feliz mientras no sea esclava de los grandes sentimientos. ¿Cuántas venturas no ha dado ya de sí el sentimiento del amor esclavizado en el Calvario.

De esclavitud quiero hablar aunque disguste á los *libres*, y el sentimiento mío más puro apenas si necesita para su expresión las líneas que he dicho antes. Vedlo ahí para que lo juzguéis según os parezca.

El corazón que no sufre espinas, es corazón muerto, y el que las sufre, vive para la deshonra ó para la gloria; para la deshonra, si son espinas de desenfreno; para la gloria, si son de sacrificio. Entre la esclavitud afrentosa de las pasiones y la del deber que sacrifique con honra, rechazo la primera y daría por la segunda el amor más intenso que hasta hoy he recibido. Por mi Dios, por mi Patria, por mi Rey, rasgaría, sin vacilaciones, el lazo más vivo de mis ternuras en la tierra, y en una misma ara inmolara mi vida con la vida de mi esposo. Mi corazón ama á los héroes de la justicia, y no los hay mayores que los de la justicia derecha del Tradicionalismo. Creo que no peço al sentirlo así, porque yo deseo á mi esposo y me deseo á mi misma la esclavitud del deber que, si arrebatara la vida de la materia, da la vida de la gloria. ¿Hay acaso mejor muerte?

Bernabea Aranda.

Pensamientos.

El testimonio que hoy dan los soldados de la tradición en honor de sus Mártires, contrasta más por el descreimiento é irreligión que reina en el mundo; y al mismo tiempo manda destellos de luz sobre la cerrazón de la duda y de la apostasía que reina en los hombres, él nos hace ver el camino que recorren las almas grandes y generosas desde este valle de desventuras, á la Jerusalén de los Cielos.

En la fiesta que hoy celebran los soldados de la tradición, véanse brillar, entre otras virtudes, la gratitud á sus héroes hermanos; la fe en otra vida orando por ellos, y la constancia peleando, como ellos pelearon, por el «reinaré en España» de Jesucristo.

S. R.

LOS MUERTOS Y LOS VIVOS

El Augusto Jefe de la Comunión tradicionalista instituyó esta hermosa fiesta del *diez de Marzo* ó de los *Mártires* con tan feliz acuerdo, que á pesar del poco espacio de tiempo transcurrido, la fiesta ha arraigado tan hondo y tan fuerte en los corazones de esa gran masa de españoles que representan la patria grande de otras épocas y que, libres de todas las miserias que la han empequeñecido ahora, son una esperanza de futuras grandezas, que más que una fiesta nueva, una fiesta de hoy, parece formada con el concurso de largos siglos, con la fe y entusiasmos de muchas generaciones, como esas fiestas religiosas y patrióticas que desde tiempo inmemorial constituyen el alma de los pueblos en que se celebran.

Carlos VII, profundamente penetrado de la misión que la Divina Providencia ha querido confiarle, no puede, más que por desgracia suya, por desgracia de la patria, ocupar el puesto que le corresponde y desde allí

dirigir con mano fuerte y experta esa nave que ahora va dando tumbos y chocando dolorosamente contra toda clase de rocas, cada vez más en peligro de hundirse ó estrellarse; pero mientras espera que llegue la hora de salvar á esa pobre España, estudia sus aspiraciones, recoge sus latidos, comprende sus anhelos, se compenetra con la verdadera alma española, y en su corazón de Rey y de español forja esas hermosas iniciativas, como la institución de la fiesta de los Mártires que tan bien se adapta á nuestro modo de ser caballeresco y heroico, y que demuestran lo que haría ocupando el trono de sus mayores y lo que España podría esperar de su rey verdaderamente español, de un rey que comprende á su pueblo, que *siente* su pueblo, que pone á su pueblo ante todo y sobre todo.

Los mártires de la tradición y de la legitimidad tenían en el corazón del Rey y de su pueblo su altar en que se les rendía fervoroso culto; ahora tienen, además, el culto externo á que se hicieron acreedores, ahora tienen su día, día solemne en que la Comunión tradicionalista, reunida bajo las sagradas bóvedas de los templos, eleva á los pies del Todopoderoso las más fervientes súplicas por el eterno descanso de los que al morir luchando por la Causa de la Patria y del Rey, lucharon por la de Dios, que es el primer lema de nuestra bandera, y en que todos los círculos y hogares verdaderamente españoles se entona un himno de alabanza y admiración á los héroes que con su sangre nos trazaron el camino que hemos de seguir en el momento que la Providencia señala para la verdadera regeneración de España.

La fiesta del 10 de Marzo es la fiesta de los héroes y mártires de la Comunión tradicionalista..... ¿Por qué, pues, su Augusto Jefe, al instituir la, la dedica solamente á los muertos? ¿Es que entre los supervivientes de aquellas gloriosas epopeyas no hay heroicidades, sacrificios y hasta martirios?

¡Oh, sí, los hay y en abundancia! Este que nadaba en la opulencia y sacrificó toda su fortuna en aras de la santa Causa y ha vivido después y vive todavía trabajando penosamente para ganarse el sustento en medio de toda suerte de privaciones; aquel militar que arrojó por la ventana el brillante porvenir que le ofrecía su carrera; aquella mujer que al perder á su esposo perdió su posición desahogada y ha tenido que luchar con todas las tristezas de la viudez y con todos los horrores de la miseria; aquel joven que dejó en los campos de batalla un brazo ó una pierna, y con esto el modo de ganarse la vida... Y todos ó la mayor parte de estos héroes y estos mártires, hubieran podido encontrar fácilmente lo que habían sacrificado con sólo reconocer á la revolución triunfante, que con promesas y halagos ha tenido siempre gran empeño en atraerse á las honradas masas, y los pobres y los militares, y las viudas y los mutilados, han preferido las privaciones, la miseria, todo, á renegar de su gloriosa historia.

Pero, al incluir D. Carlos á los vivos entre aquellos en cuyo honor instituyó la fiesta del 10 de Marzo, se hubiera incluido á sí mismo y en el lugar preferente. D. Carlos luchó en los campos de batalla, realizando proezas sin cuento, siendo el asombro y el estímulo de cuantos se honraron peleando á su lado. D. Carlos rechazó con el más solemne de los desprecios el trono que le ofrecieron los que no le conocían. D. Carlos ha sufrido el mayor de los martirios viéndose alejado de su Patria, de su querida España, imposibilitado de salvarla cuando sus cobardes verdugos la llevaban al sacrificio y al vilepandio... ¿A qué enumerar la larga serie de amarguras que ha tenido que devorar el magnánimo y españolísimo corazón de D. Carlos por no querer arriar la bandera inmaculada de la Causa tres veces santa?

D. Carlos rinde el más fervoroso culto y se descubre ante esa legión de héroes y mártires que viven y que están dispuestos á renovar sus sacrificios y á prolongar el martirio mientras duren sus vidas; piensa sin cesar en ellos al pensar continuamente en su querida España; arde en deseos de premiar como se merece tanto heroísmo y tanto sacrificio, no pudiendo hacerlo ahora por ser también víctima de la revolución triunfante; pero no puede establecer fiestas en su honor, porque no quiere establecerlas en honor propio.

Limitémosnos por hoy á orar por los muertos y á cantar sus heroísmos, y pidamos á Dios que no retarde el día de las grandes satisfacciones de los vivos.

A. Mestres.

Mártires tradicionalistas.

¡Por ellos hay Patria!.....

.....Los principales elementos de varios pueblos vinieron á nuestra península atraídos por la fama de su hermoso suelo; y después de algunos siglos de combate se fusionaron, se unieron, formando una nueva raza sin igual la raza española, cuyos caracteres especiales eran la indomable fiereza de los pueblos del Norte, la alada imaginación de los del Mediodía y las proverbiales riquezas de los orientales.

Y desde el principio determinaron los españoles dar culto al único Dios verdadero

y obedecer á un sólo jefe que llamaron su Rey, en una Patria tan grande, que no tuviera precedente en la historia de las naciones, ni límites en la tierra, ni quien la aventajara en honor y en poderío.

Y con tanta fe acometieron aquellos valientes la empresa y trabajaron unidos con tanto ardor y entusiasmo, que en los siglos medioevales, vieron realizada su obra colonial, y Dios, y la Patria, y el Rey de los españoles dominaron el mundo, y España recibió de todas las naciones pleito homenaje.

Los pueblos que se opusieron á tan titánico empeño, fueron vencidos y subyugados ó dispersos; y los tiranos que se alzaron para hacer frente á aquellos valerosos, pagaron muy caro su atrevimiento.

España cristiana, noble y fuerte, traspasó los límites del mundo conocido y descubrió un Nuevo Mundo y llegó á ser emperatriz de las naciones de Europa, señora de Africa, dueña absoluta de América y de Oceanía; y mientras fué verdaderamente católica, no le faltó la posesión de la tierra, ni el dominio de los mares, ni los favores especiales del Cielo.

Mas el genio de la envidia levantó contra nación tan floreciente vientos saturados de miasmas anticristianos; y las nubes, preñadas de impiedad que se formaron en los horizontes de sus puras creencias, se hicieron tempestades horribles que estallaron, primero en forma de nuevas y más péfidas invasiones extranjeras, heroicamente rechazadas por los amantes de Dios y de la Patria, y luego..... en forma de ideas enciclopédicas, llenas de un rastreo eclecticismo, que esparcía la Francia corrompida en todas direcciones, pregonando unos derechos desconocidos en la naturaleza y que eran los dignos consejeros de la traición, del regicidio, de los más atroces crímenes.

Y aquella doctrina disolvente, que proclamando una libertad absurda, y á la sombra de una democracia hipócrita, atravesó la Europa manchando los tronos, sustituyendo las legítimas dinastías y pisoteando descaradamente los más sagrados intereses y derechos de los pueblos, logró penetrar en esta tierra de santos, de héroes y de sabios; enseñó la impiedad como ley, premió la cobardía, abrió los brazos á la ignorancia, y por último, impuso á la santa fuerza de la verdad la salvaje verdad de los hechos consumados; teoría que representa la última degradación de una sociedad envilecida.

Desde entonces cundieron en España las asociaciones secretas modernas, las camarillas políticas y las logias masonicas, comunistas en apariencia pero muy individualistas en realidad, que trabajan en la sombra hasta que encuentran ocasión propicia para realizar sus malvados planes y sacarlos á la luz.

Desde entonces, los ríos de oro que aflujan á nuestras costas para enriquecer la hacienda común de los españoles, cambiaron de dirección y de cauce para desembocar en esas sociedades; la eventualidad de la palabra sustituyó á la realidad del hecho; quedó abandonada la idea española, se apagó en cuanto fué posible la fe en los corazones, y al nacer la duda, la incertidumbre, la oscuridad, se derrumbó la grandeza de España, y cada uno de los enemigos arrebató lo que pudo.

Perseguida y calumniada la Iglesia y minado por su base y echado por tierra el trono, se destruyó la hacienda, acabó toda protección humanitaria, y el último golpe quedó reservado para los restos del imperio colonial de nuestros mayores.

Nosotros, llenos de vergüenza é indignación, le vimos desmoronarse y desaparecer por completo, arrastrando el último girón de nuestras inmensas glorias nacionales y envolver en la plegada bandera el cadáver y el honor de España, asesinada vilmente por manos y por manejos liberales!

¡Españoles!..... la última generación gloriosa que mereció este nombre, fué la que resistió con bravura la invasión francesa; la que se levantó á defender después, en el campo de batalla, su honor y sus derechos. La primera generación que se ha manchado es la nuestra; la generación modernista, entusiasta por conquistar derechos en el orden político y olvidadiza y cobarde cuando se trata de cumplir con los deberes para con la Patria.

Esta es una desconsoladora verdad. La Iglesia fué robada; la Patria envilecida, y el trono amenazado de continuo con la muerte ó el destierro por los que vendieron al más bajo precio esta trilogía adorada, á los agiotistas que desde hacia largo tiempo la codiciaban.....

Pero en todas las edades hubo esforzados leales patriotas que, firmes en su amor á Dios, amantes de la Patria y fieles á sus Reyes, asombraron al mundo por el temple de su alma y le dieron ejemplo de sublime abnegación peleando por la defensa de la verdadera causa.

¡Apartaos, miserables enemigos de los genuinos españoles, y postrados como indignos, besad la tierra! Toda ella está sembrada de mártires de la tradición y de la Patria, por los cuales hoy rezamos ante los altares de Dios, en nombre del Rey, en esta nación por vosotros vilpendiada.....

No son los primeros que por la verdad dieron su sangre y murieron, ni tampoco serán los últimos; porque aunque os declaréis en victoria, la conquista de la verdad no ha terminado hasta que sea expulsada afrentosamente de nuestro suelo la mentira política que lo ha invadido.

La tradición es la raíz que nutre de jugo á la historia, y sus mártires son los que murieron por Dios, que era su fuerza; en defensa de su Patria, que era su ídolo, y por respeto á su Rey, que era el representante legítimo de sus derechos.

El altar y el trono los llamaron para hacerlos grandes, y con ayuda de la fe, acometieron empresas inauditas; por eso la Misa de la historia escribió su nombre en letras de oro.

Nacieron en la ciudad, en la aldea ó en los campos desmantelados; y regaron la tierra con su sangre ó sin tomar las armas murieron bendiciendo á España, fieles á Dios y á su Rey, como verdaderos mártires.

¡Por ellos hay Patria!.....

Eleuterio Nula y Grueso.

CARLOS V

Preside á esta tiernísima y cristiana fiesta de los mártires la augusta figura de Carlos V. Su historia es muy conocida y su recuerdo dura con mucho relieve en los corazones carlistas. Los rasgos principales de él, escritos están con delicadeza inimitable en la hermosa carta de Carlos VII, que instituyó esta fiesta. Hombre piadosísimo, aún han quedado, á pesar de las leyes de proscripción que contra él se dieron, su nombre y su retrato en las instituciones benéficas que fundara ó protegiera, y ahí está para atestiguarlo, el lienzo del Refugio, que representa su varonil figura, como en gratitud á sus favores de cuando era Hermano mayor de esa Casa. Luego, en el primer escalón del trono, siendo Príncipe de Asturias, lo mismo que en el destierro y al frente de sus leales, en todas partes, dejaba el recuerdo de su piedad edificante. La Virgen de los Dolores era generalísima de sus ejércitos, y Jesús, á quien recibía en su pecho con frecuencia, el Rey de su alma.

Y siendo Príncipe cristiano, seguramente había de ser también muy español. Lo fué, respetando mientras su hermano vivía las leyes fundamentales de este reino. Lo fué, haciendo luego de esas leyes su bandera. Sus derechos eran los de España, á que no se alterasen sus instituciones seculares, á que no se pisoteara la voluntad de los pueblos, á que no se demoliese el soberbio edificio que la tradición había levantado. Por eso peleó. Por eso sufrió las privaciones y el destierro; vagó por las montañas huyendo de la furia de sus perseguidores, que querían asesinarle; recogió los laureles de su ejército; se vió en estrechísima pobreza. Y cuando la traición le hizo pasar las fronteras de la Patria, otra vez se halló pobre y prisionero, hasta que al fin su noble ánimo, que nunca se doblegaba, que había sabido resistir las amenazas de Napoleón y las huestes de la cuádruple alianza, voló de este mundo, dejando el yerto cadáver en el extranjero, donde espera la hora dichosa de las reivindicaciones supremas.

El trono hubiera sido para él, de haberlo querido. Viviendo su hermano se lo ofrecían los tradicionalistas; muerto se lo ofrecieron los liberales. Al alcance de su mano estuvo la bandera revolucionaria. Pudo tomarla antes que nadie, y de haberla tomado, ni habría vivido en Bourges, ni muerto en Trieste. De haberla tomado, reinaria hoy su descendencia. Pero escogió, como los justos de la Iglesia, la mejor parte. Escogió la proscripción, la pobreza, la amargura, el martirio.....

Interesantísimo.

La Comunión Tradicionalista toledana, que guarda vivo é imperecedero en su corazón el recuerdo de los que por ella sacrificaron su vida en el campo de batalla, ó en el destierro, ó en la persecución continua de que les hizo objeto el liberalismo fiero y manso, consagrará los EL DÍA 12 del actual una Misa de aniversario que se celebrará en el Convento de RR. PP. Carmelitas de esta ciudad, á las nueve y media de la mañana.

Sirva de invitación á todos nuestros buenos correligionarios, que indudablemente acudirán en masa á pedir al Señor, Rey de los Mártires, por el alma de los que por El murieron.

IMPRESA DE LA VIUDA É HIJOS DE J. PELÁEZ